



Domingo de Azcuénaga

Fábulas
1801-1802

Fábula primera

El toro, el oso y el loro

En un monte fragoso,
Mil bramidos un Toro dando estaba,
Y oyéndolos un Oso,
Desde un bosque, a saber por qué bramaba
Se acercó diligente, y, con agrado,
Le dijo: ¿por qué bramas? ¿qué te ha dado?

No tengas a desdoro,

El decirme, si te hallas desvalido.
Amigo: (dijo el Toro)
Ya que estás de mi pena condolido,
Ampárame en mis males que, aunque graves,
Se harán con tu socorro más suaves.

Yo me siento agitado
De un formidable torozón, de suerte
Que, a no haber tú llegado,
Hubiera reducidome a la muerte.
Pero ya que viniste, solicito
que me busques de sen un manojito.
No tengo inteligencia
En la planta que pides; mas confío
Hacer la diligencia,
Cerca de aquí, con otro amigo mío.
Esto responde el Oso, y se encamina
Hacia el bosque a traer la medicina.

Llegó, y halló cogiendo,
A un herbolario, plantas en el soto;
Díjole: pues comprendo
Que, en materia de yerbas, tenéis voto,
Dadme la sen para uno que, afligido,
Allí de un torozón queda tendido.

Ofrecióse a buscarla,
El herbolario, y como no la hubiese,
Ni fuese dable hallarla,
Le dio otra equivalente, con que fuese
A remediar el mal que molestaba
Al enfermo, por quien se interesaba.

Llevó el Oso la yerba,
Y presumiendo el Toro hallar remedio,
Comióla, aunque era acerba,
Sin causarle lo amargo el menor tedio;
Y al momento le dio tan grave insulto,
Que no quedó de él más que el triste bulto.

Descendió al bosque el Oso,
Y viendo al malhechor enfurecido,
Le dijo: hoy, engañoso,
Con darte muerte, el premio merecido
Tendrás, pues fuiste causa, que el doliente,
Muriese con tu yerba equivalente.

Pero un anciano Loro,
Que estaba sobre un álamo parado,
Y vio expirar al Toro,

Le dijo al Oso, viéndolo irritado:
¡Del rústico herbolario el hecho extrañas,
Porque estás entre selvas y montañas!

Pues sabe que, en las cultas
Ciudades, estos mismos disparates,
Con iguales resultas
Se ven. Con que así, amigo, no lo mates,
Porque no hizo otra cosa, el Herbolario,
Que dar un quid pro quo de boticario.

Fábula segunda

El mono enfermo

Cuentan que en Tetuán le sobrevino,
Una noche a las doce, a un mono herrero,
Por boca y narices,
Un vómito de sangre repentino,
Tan fuerte, que dos monos aprendices,
Salieron en camisa, y sin sombrero,
Por médico volando,
Quedándose con él, en la herrería,
Una mona, aguardando
Al término fatal de su agonía.

Los dos monos hicieron
Muy bien la diligencia; pero fueron
Sus pasos escusados,
Porque estaban los físicos resfriados.
El Doctor pierna tuerta, (alias tenaza),
Dijo: vayan al Médico de casa,
Y diciéndole que era un accidente
Replicó: vayan, vayan brevemente.
El sabio Licenciado Boca-abierta
Tenía dada orden, que la puerta
No abriesen de su casa, aunque pedazos
La hicieran, por llamarle, a aldabonazos;
Y el bachiller nombrado Pelos-rubios
Dijo: que había tomado pedi-lubios;
De tal manera que, al venir la aurora,
Llegando a la herrería los monitos
A darle la respuesta a su señora
La encontraron furiosa, dando gritos,
Porque el enfermo ya en sueño profundo
Se había ido a curar al otro mundo.

¡Quién, señores, creyera
Que entre los monos médicos, se viera
Tan poca caridad y amor tan poco!

Cualquiera lo creerá, sin estar loco,
Porque no es menester (yo lo confieso),
El ir hasta Tetuán para ver eso.

Fábula tercera

El águila, el león y el cordero

Un águila real,
Con rápido vuelo
Se subió a la cima
De un áspero cerro,
Al pie de la cumbre,
En un prado ameno,
Un feroz león
Estaba durmiendo.

La águila de lo alto
Quiso conocerlo,
Y hacia el prado airosa
Se dirigió luego.
El León al ruido
Despertó soberbio,
Y alzando al instante
Su dorado cuello,
Erguió su melena
Con gala y denuedo,
Y de rey vestido
Se mostró al momento.

Revolvió la cara
Con aire y despejo,
Y, con la cabeza,
Le hizo acatamiento.

Acercóse aquélla
Con pasos severos,
Y entablaron ambos
Su razonamiento.

Este se redujo
A hacer menosprecio
De los brutos y aves
Con denuestos feos,
Diciendo, que estaban
En el universo,
Las especies de ambos,
Bajo sus imperios,
Vanidad fundando

En sus nacimientos.

Pero un corderito,
Que había estado oyendo
Toda la parola,
Sin ser visto de ellos
(Allá para sí),
Prorrumpió diciendo:
No hay duda en que sois
Por vuestros abuelos
De aves, y de brutos
Monarcas excelsos,
Pero, si tenéis
Tan perversos hechos,
Que el hurto y rapiña
Es vuestro elemento,
La grandeza vuestra,
Ni en chanzas la quiero,
Pues soy de dictamen
Por lo que penetro,
Que el lustre, y realce
De más alto precio
Es, el que uno adquiere
Por sí, siendo bueno.

En la fabulita
Nos dice el cordero:
Que jamás hagamos
Gala con exceso
Del blasón y gloria
Que heredado habemos
De nuestros mayores,
Y que procuremos,
Con nuestra conducta
Y procedimientos,
Adquirirla nueva
Por nosotros mismos.

Fábula cuarta

El comerciante y la cotorra

"Donec eris felix multo numerabis amicos
Tempora si fuerint nubila, solus eris"

Un gran Comerciante,
Que por su desgracia,
Perdió sus haberes,
Sin culpa ni causa;

Recostado al margen
Del Río de la Plata
solitario y triste,
así se quejaba:

¿No soy yo aquel hombre
A quien veneraban
Las gentes, viniendo
A verme a mi casa?
¿Pues cómo no tengo
Hoy en mis amargas
Penas, quien las temple,
Ni ayude a llorarlas?

Entre mis angustias
La que más me acaba,
Es ver que un amigo,
A quien yo estimaba
Tanto, que las gentes,
Al vernos clamaban,
Que éramos dos cuerpos
En tan sola una alma,
También me ha olvidado,
Mirándome en tanta
Multitud de azares,
Como me acompañan;

¡Ah, cruel, ingrato!
Más dolor me causa
Tu ausencia, que toda
La pérdida infausta de mis intereses:

En esta batalla
Estaba el buen hombre,
Quando hete que le habla
Una Cotorrita
Desde la alta rama
De un Ombú frondoso
Con estas palabras:

¡Qué es lo que pronuncias!
Ese que tú tratas
De ingrato y cruel
Amigo le llamas,
Fue solo tu sombra:
Si acaso mañana
Volviese a salir
Allí en tu morada
El sol, lo tendrás
Al lado, sin falta;

Pero mientras dure
El nublado en casa,
No pienses que vuelva
A verte la cara.

De esta suerte habló,
Y abriendo las alas
Remontó su vuelo,
Dejando parada
La atención del triste
Por mansión muy larga
Al oír de su pico
Sentencia tan alta.

Yo, señores míos,
No les diré nada
A tales personas,
Pues si son ingratas,
Para reprehenderlas
Las Cotorras bastan.

Fábula quinta

Los papagayos y la lechuza

Una apacible mañana
Se dejó ver en el campo
Una horrorosa lechuza
Sobre la cima de un árbol
Revestida con las plumas
De un hermoso papagayo;

Absortas las demás aves
De ver aquel espantajo
A acercárseles ninguna
Se atrevió hasta que llegaron
Dos papagayos ladinos,
Quienes luego que miraron
Aquella horrible figura
Con ropaje tan bizarro,
Uno a otro se decían,
Esta es mucha burla, hermano;
Y pues no es justo, que esta ave,
Tan conocida de varios
En nuestra región; por una
De las del estado bajo,
Haga a cara descubierta
De nuestra prosapia escarnio,

Ocurramos a poner
Remedio a tan grave daño:

Con estas miras su vuelo
Hasta el Olimpo elevaron,
Y llegando a duras penas,
Ante Júpiter sagrado,
Interpusieron su gresca,
Pintando a lo vivo el caso,
Y pidiendo castigase
Arrojo tan temerario.

Instruido éste de la acción
Y la justicia de entrambos,
Ordenó que condujesen
La lechuza dos caranchos,
Quienes volando partieron
A cumplir con lo mandado,
Y trayéndola vestida
Ante el trono soberano,
En la propia forma y traje,
Con que aquéllos la acusaron,
No pudo la pobre dar
Satisfacción a los cargos
Que en presencia del Tonante
Le hicieron los agraviados,
Reduciendo sus respuestas
A un: como... yo... sí... pues... cuando...
De suerte que comprobada
La injuria, con seño agrado
Le habló el Dios de esta manera:
Dime, ave de agüero infausto,
¿Con qué objeto te pusiste
Ese precioso vestuario?
¿Presumiste ser con él,
Más de lo que eres acaso?
¿No respondes? ¿Por qué callas?
¿Confiesas ya tu pecado?
Pues prevenite para oír
De tu atrevimiento el fallo.

Hoy con bulla y algazara
Serás conducida a un prado,
Y en presencia de las aves
Que convocará el milano
Para que el castigo vean,
Te irá el mochuelo quitando
Las verdes plumas, con que
Te adornaste, y a mis manos
Las traerá, para hacer de ellas

El uso más adecuado.
Y porque se cumpla, así
Lo firmo, pronuncio y mando.

Púsose todo por obra
En el modo más exacto,
Quedando el supremo Rey
De su cólera templado,
La lechuza escarmentada,
Y alegres los papagayos.

La acción, que Júpiter hizo,
Nos está manifestando
La justicia con que deben
Según sus clases y estados,
Distinguirse las personas
Porque no nos confundamos.

Fábula sexta

Los sátiros

Navegando un viajero por la China
Condujo de Malaca a Berbería
Cien sátiros, por ver si allí podía
Hacer un cambalache de cocina
Vendiéndolos por trigo, que este grano
En los países del norte es plata en mano.

Uno de ellos estaba apoderado
De una sarna fatal tan malignante,
Que al echarlos de abordo, contagiado
Se hallaba de ella el número restante.

Diéronle del contagio luego al dueño
Razón los marineros, y risueño
Dijo él: los habitantes de esta tierra
A la sarna jamás abrieron guerra;
No son escrupulosos,
Ni tienen por qué serlo; con que amigos
Salga yo de estos entes asquerosos,
Que lo demás es cuento,
Y así vayan a tierra todos ciento.

Divulgóse por todo el continente
La voz de tan brillante
Factura; y acudieron muy en breve,
Compradores sin fin; quien lleva nueve,
Quien diez y seis, quien treinta,

El uno veinte y cinco, el otro veinte;
De tal manera que el señor viajante
Hizo de todos prodigiosa venta,
Quedando sin un sátiro al instante.

Distribuida ya la satirada
Y tomando su importe en trigo y granos,
Alzó al cielo la manos
El vendedor feliz, y dando al aire
De risa una solemne carcajada
Dijo con gran donaire,
Al restituirse a bordo: a Dios salvajes,
Dejad crecer las uñas largamente
Para rascar la sarna, que estos gajes
Son de la estolidez don consiguiente.

Apenas dos semanas se pasaron
Cuando la sarna se cundió del todo,
Y pocos o ninguno se escaparon
De tener que rascar en algún modo;
Mas dimos fin al cuento
Y vamos de la Fábula al intento.

Que acontezca entre Alarbes este daño,
Pintándolos escasos de nociones,
Nada tiene de extraño;
Lo que si raro fuera
Que pudiendo decir de otras naciones
Otro tanto ellos mismos, tradujera
Algún moro en Argel la fabulilla,
Sin pensar en dar vuelta la tortilla.

Fábula séptima

El mono y el tordo

Fingendis jam dura seges concrevit arenis.

Metióse un mono en un trigal ya seco
Del cañón de la mies a hacer flautillas
Presumiendo tocar, por verlo hueco,
Mil maravillas.

Con sus uñitas lo rasgaba astuto,
Y soplándolo ansioso, procuraba
El hacerlo sonar, pero el cañuto
Nunca sonaba.

Sin sacar de las cañas una avena,
Haciendo de su afán cumplido alarde,

Porfiado se mantuvo en su faena
Toda una tarde.

Pero un tordo parlero, que su encono
Había estado viendo, con gran flema
Desde un sauce, le dijo: señor mono,
Deje ese tema.

No desperdicie el tiempo en tal apuro,
Las mieses trate Ud. con carantoñas,
¿No advierte, que ya está el alcacer duro
para zamponas?

Nadie piense sacar provecho alguno
De aquellos, que pasaron con holganza,
El tiempo, conveniente y oportuno
De su crianza.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario